

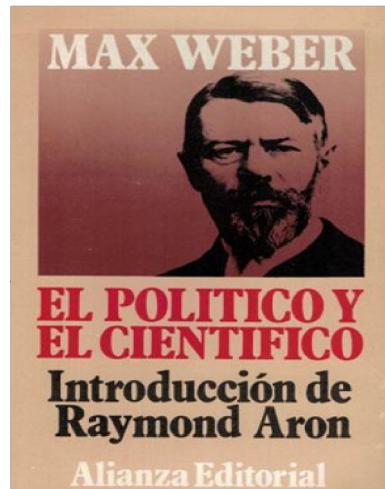
Reseña

POR: FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ CHACÓN*

EL POLÍTICO Y EL CIENTÍFICO

MAX WEBER

Sergio González M., Noé Cornago P., Cristian Ovando S. (Editores)



Madrid, 1972. 3ª edición. Alianza Editorial. Traducción de Francisco Rubio Llorente.
Introducción de Raymond Aron. 235 págs.

EN GENERAL

El texto reúne la revisión de Weber sobre quién es y cuál es el deber ser del político, y de otra parte, el mundo y la vocación del hombre dedicado a la ciencia política. Originalmente nació como una conferencia que dictó en la Asociación Libre de Estudiantes de Berlín, luego revisada por el autor y finalmente publicada por primera vez en el verano de 1919. A algunas ediciones se agrega una Introducción hecha por Raymond Aron en 1969. El libro que ahora se reseña contiene esta última, y es la tercera edición en lengua castellana, publicada en 1972 por el sello Alianza Editorial, de Madrid.

Raymond Aron al introducir este clásico weberiano y de la Política, expresa que su autor “*fue un hombre de ciencia y no un hombre político ni hombre de Estado*”, no obstante, “*estuvo (...)*

apasionadamente preocupado por la cosa pública (...) y *no dejó nunca de experimentar una especie de nostalgia política, como si la finalidad última de su pensamiento hubiera debido ser la participación en la acción*” (p. 9). Esta clara idea de Aron establece el epicentro de la motivación de Weber para reunir, en un mismo texto, si bien breve, un estudio sobre el político y el científico, en tanto el alemán fue, como se ha señalado, un científico de la política, pero con una pasión singular no sólo por esta ciencia sino por lo público, que le llevó a comprender y explicar, y acaso añorar o profundamente desear, al hombre dedicado a la acción política: el político. Por ello aborda ambas vocaciones, estas dos maneras de vivir en un mismo texto, para así distinguir una de otra, lo que es preocupación central de Weber, pero a su vez contrastarlas.

En general, se puede afirmar siguiendo a Aron, que para Weber la política y la ciencia son actividades que deben estar siempre separadas, que la política no tiene nada que hacer en las aulas, que el científico no puede, so pena de faltar a su virtud y su ética, expresar sus ideas políticas a sus discípulos por cuanto esto significa influir en ellos, lo que es una especie de fraude, y que en definitiva, no se puede ser una persona de acción en la política, es decir, un político, y simultáneamente, un científico; hacerlo equivaldría a faltar gravemente a la vocación, irrespetarla; sería faltara la integridad en las dos profesiones por parte de quien pretende ejercer una u otra de manera absolutamente responsable.

Sin embargo, Weber tuvo aguda *"conciencia del vínculo que entre ellas existe"*, por cuanto entendía que la ciencia bien puede estar al servicio del político, así como la actitud de éste no difiere de la del científico en la estructura, sino únicamente en el fin (p. 10). En definitiva, en tanto la ciencia analiza las relaciones entre la causa y el efecto, que es la concepción weberiana en términos de la teoría, entonces responde perfectamente a las necesidades del político, que es quien en un momento histórico particular, elige de acuerdo a sus valores e *"introduce en la red del determinismo un hecho nuevo"* (p. 11), y al apoyarse en los conocimientos abstractos puede reducir los imprevisibles. Ese vínculo entre ciencia y política es también patente y estrecho en el campo de los valores, puesto que el mundo de la ciencia es el de las referencias de estos, mientras que el de la política es el de la afirmación de los mismos. E iba a más, por cuanto Weber persiguió el mismo fin tanto para la política como para la ciencia: la delimitación de la ética que les es propia de acuerdo a su finalidad.

LA POLÍTICA COMO VOCACIÓN

Para abordar qué es el político, y su vocación, el autor comienza por definir la política, señalando que es la dirección o influencia en la dirección de una asociación política: el Estado (p. 82), el cual a su vez es definido por su medio específico: la violencia física, y está conformado por la comunidad humana que dentro de determinado territorio reclama de manera exitosa para sí el monopolio de la violencia física legítima (p. 83); el territorio es, como se sabe, elemento distintivo del Estado. Así, el Estado consiste en una relación de dominación sostenida por la violencia legítima.

Con lo cual, termina resaltando Weber, la política es la aspiración de participar en el poder o de influir en la distribución del poder entre los distintos Estados, o dentro de un mismo Estado, entre los distintos grupos de hombres que lo componen (p.84). Además, señala que cada vez que se usa el adjetivo "político", el referente real son los intereses en cuanto a la distribución, conservación o transferencia del poder.

En ese sentido, quien hace política, el político, aspira al poder como medio para conseguir fines, bien idealistas o egoístas, o para conseguir el poder por el poder mismo, para poder disfrutar del sentimiento de prestigio que le da.

Ahora bien, el Estado necesita que los dominados acaten su autoridad, con lo que el autor pasa a explicar las justificaciones internas o los fundamentos de legitimidad de la dominación, que son tres: 1. La costumbre (el eterno ayer), 2. La gracia (carisma) personal, y 3. La legalidad. Una vez señaladas, ahonda en el carisma, que produce la entrega a la dominación del político, del *"caudillo"*. Advierte que ha existido en toda época y lugar, en el mago, el profeta, el príncipe guerrero, el jefe de banda, pero destaca que a Occidente le es propio el caudillaje político, que surgió inicialmente en el demagogo de la ciudad-estado y que devino en el jefe político del partido en el régimen parlamentario del Estado constitucional.

Esta dominación se realiza mediante una administración continuada, que consiste en la orientación de la actividad humana hacia la obediencia debida a quienes aspiran a ser los portadores del poder legítimo, pero también, valiéndose de esa obediencia, en el poder de disposición de los bienes necesarios para hacer uso del poder físico, esto es, un equipo de personal administrativo y los medios materiales de Administración. Así, según la propiedad de esos medios materiales, existen dos categorías de funcionarios para la dominación: 1. Una, la de los funcionarios que poseen en parte o en todo la propiedad de los bienes; en consecuencia, el titular del poder lo ejerce basado en la lealtad personal y el honor social que su legitimidad provee a aquéllos (feudalismo, aristocracia), 2. Otra, la de los funcionarios separados de la propiedad de los bienes o medios materiales, pues el titular del poder posee también los bienes o medios materiales de administración, sólo se sirve de los funcionarios. Afirma Weber (p. 91) que todas las formas de dominación, especialmente el Estado

burocrático cuya forma más racional es el Estado moderno, pertenecen a esta última categoría.

En ese sentido, *“el Estado moderno es una asociación de dominación con carácter institucional que ha tratado, con éxito, de monopolizar dentro de un territorio la violencia física legítima como medio de dominación y que, a este fin, ha reunido todos los medios materiales en manos de su dirigente y ha expropiado a todos los funcionarios estamentales que antes disponían de ellos por derecho propio, sustituyéndolos en sus propias jerarquías supremas”* (p. 92). Pues bien, en ese proceso político de expropiación en los términos en que se ha señalado, han aparecido las primeras categorías de políticos profesionales, es decir, aquellos que terminaron ejerciendo la política como profesión principal, que es una de las tres maneras de hacer política, las otras dos son la ocasional y la de profesión secundaria, lo mismo que en la actividad económica.

Subsecuentemente, entonces, Weber (p. 95-97) señala que existen dos formas de hacer de la política una profesión, en tanto se vive “para” o se vive “de” la política, si bien aclara que esta oposición no es excluyente, sino que generalmente se combinan las dos idealmente, y en la mayoría de los casos, también materialmente. Explica el autor que vive “para” la política quien hace de ello su vida en un sentido íntimo, esto es, goza del ejercicio del poder, le da un sentido a su vida poniéndola al servicio de algo, mientras que el vivir “de” la política es más vulgar, económico, así, vive de ella quien pretende hacerla una fuente duradera de ingresos, por el contrario, quien vive “para” ella no se haya en esa situación.

El autor alemán hace un señalamiento importante en su explicación: como la política se transformó en una “empresa”, resultó necesario preparar individuos para la lucha por el poder y sus métodos, tal y como fue adelantada por los partidos modernos, con lo cual, los funcionarios públicos se dividieron en dos categorías diferentes, aunque Weber aclara que tal diferencia no es tajante: la de los funcionarios profesionales y la de los funcionarios políticos.

Puntualiza Weber que el político debe poseer tres cualidades fundamentales, estas son: 1. La pasión, 2. El sentido de la responsabilidad, 3. La medida. La pasión hace referencia a su entrega a la causa, no significa que la pasión transforma a un hombre y lo convierte en político, sino que éste se pone con verdadera entrega, al servicio

de la “causa”. En cuanto a la responsabilidad, está referida a que sea la causa la que guíe su acción, es decir, asume la “causa” como referente. Con relación a la medida, esta implica el no perder ni el recogimiento ni la tranquilidad ante la realidad, guardar distancia con los hombres y las cosas. (p. 153-54). En ese sentido, el político se enfrenta constantemente a la vanidad como su mayor enemigo. Además, se le presentan dos pecados mortales en su actividad: la ausencia de finalidades objetivas y la falta de responsabilidad, y es justamente la vanidad la que propende más a que el político cometa uno cualquiera o los dos errores a la vez.

Reconoce Weber que en tanto el medio decisivo de la política es la violencia, en él puede medirse perfectamente la intensidad de la tensión ética que existe entre los medios y los fines. Así, la particularidad de los problemas éticos que atañen a la política es producto de la violencia legítima en manos de las asociaciones humanas, que como se ha dicho, es el medio que le es específico. Esa particularidad le hace expresar que quien hace política pacta con los poderes diabólicos que acechan al poder (p.165, 171).

Finalmente, el autor señala que la política es una dura y prolongada penetración a través de tenaces resistencias, para la que se requiere, simultáneamente, pasión y medida. Por lo tanto, sólo quien está seguro de no quebrarse cuando, desde su punto de vista, el mundo se muestra o demasiado estúpido o abyecto para lo que él ofrece, en fin, sólo el ser humano que puede decir ante esto “sin embargo” tiene vocación para la política. (p. 178-79).

LA CIENCIA COMO VOCACIÓN

Weber compara el ingreso como profesor en la universidad alemana con el ingreso en la norteamericana de su tiempo, para llegar a analizar cómo se obtiene el cargo. Concluye que la influencia del azar es fundamental (p.185), por las leyes de la colaboración humana, aun existiendo buena voluntad entre quienes toman la decisión. Advierte que sólo los mediocres o arribistas llegan cuando intervienen los motivos políticos de los dirigentes del Estado (p.188).

A todo evento, el autor alemán hace énfasis en el hecho de que cualquier persona que sienta el llamado vocacional de la profesión académica debe estar consciente de la dualidad que tal profesión entraña de una parte la cualificación

en cuanto a conocimientos, académica en sí, y la otra como transmisor de esos conocimientos, la parte docente, que no se implican recíprocamente. *“Una persona puede ser un sabio excepcional y al mismo tiempo un profesor desastroso”* (p. 188), en tanto la enseñanza es un arte personal que nada tiene que ver con la calidad científica de un sabio (p.190).

De otra parte, establece Weber que en su tiempo -y la vida contemporánea no hace más que confirmarlo- la situación interior de la vocación científica estaba condicionada por el hecho irreversible de que la ciencia ha entrado en un estadio de especialización antes desconocido, lo que condiciona al científico. En ese sentido, advierte que solo la estricta especialización puede darle al trabajador de la ciencia el sentimiento de plenitud que se produce cuando puede convencerse de que ha podido construir algo que “durará”, si bien es un conocimiento que envejecerá y será superado. El estudio de la ciencia debe asumirse con pasión para que el científico pueda sentirla como verdadera vocación, al darse cuenta que su vida y su esfuerzo son necesarios para que se compruebe una hipótesis determinada (p.191-192)

Continúa el autor explicando que en el campo de la ciencia, quien tiene “personalidad” es aquel que está pura y simplemente al servicio de una causa, valga decir, de la ciencia. Compara el trabajo científico y el artístico, señalando que el científico está inmerso en la corriente del progreso, pero por el contrario, una obra de arte a la que se atribuye la cualidad de lograda no será superada ni envejecerá, mientras que en el campo de la ciencia, lo producido hoy será anticuado en unos años. En ese sentido, todo “logro” científico implica nuevas “cuestiones”, por lo que será superado (p.197).

Entonces, se plantea Weber, ¿cuál es el sentido de la ciencia?: En primer lugar, proporciona conocimientos sobre la técnica que sirve para dominar la vida, tanto lo externo como la conducta del ser humano. En segundo lugar, proporciona métodos para pensar, instrumentos y disciplina para pensar de manera compleja. En tercer lugar, la ciencia aporta claridad –si el profesor la posee, desde luego-, es decir, la ciencia puede explicar en aras de la claridad que una postura determinada deriva lógicamente y honradamente de tal visión del mundo, pero no de tales otras; que frente a un problema de valor, se pueden adoptar determinadas posturas, en fin, que adoptada tal

postura la experiencia científica señala que deben emplearse determinados métodos (p.222). Así, con el autor podemos señalar que el progreso científico constituye la parte más importante del proceso de intelectualización al que estamos sometidos los seres humanos desde hace milenios. (p. 199).

Sin embargo, Weber contrapone la idea de Tolstoi sobre el sentido de la ciencia como vocación: *“la ciencia carece de sentido puesto que no tiene respuesta para las únicas cuestiones que nos importan, las de qué debemos hacer y cómo debemos vivir”*, y ciertamente, dice el autor alemán, la ciencia no responde a estas cuestiones, pero va más allá, y afirma que el asunto no es tanto que la ciencia no ofrece ninguna respuesta, sino tal vez, que no contribuye con plantear adecuadamente estas cuestiones (p.207).

Entra entonces a señalar que es conteste con la idea que establece que la política no tiene cabida en las aulas; los profesores no pueden hacer política en las aulas cuando se ocupan de ella desde el punto de vista científico, afirma, para agregar que la toma de posición política y el análisis científico de los fenómenos y partidos políticos son dos cosas muy distintas (p.211). Para reafirmarlo, dice que los alumnos bien pueden replicar que van a clases para algo más que escuchar análisis y verificaciones de hechos, pero Weber responde a esta actitud señalando que el error está en buscar en el profesor algo que no es: se busca un caudillo y no un maestro, y es justo por esto último que se es catedrático (p. 218).

Finalmente, Weber establece que dentro de las aulas no existe ninguna virtud fuera de la simple probidad intelectual, y que en el trabajo vocacional del científico no basta con esperar y anhelar, hay que ponerse al trabajo y responder, como ser humano y como profesional de la ciencia, a las exigencias del día a día (p.231).

II

Dada la relevancia y vigencia que mantiene el pensamiento de Max Weber y por lo trascendente del clásico de la ciencia política que se reseña, cuando se está por cumplir el primer centenario de la publicación de la obra, luce pertinente hacer algunas consideraciones, agrupadas bajo los epígrafes a continuación.

DISCUSIÓN

La idea del científico que no debe traslucir su posición política, se comprende también

desde otra dialéctica: educación-instrucción: La instrucción, el saber científico es lo que debe proveer la universidad según Weber. Por supuesto la instrucción del científico comprende, sea en materia o en comportamiento, la ética que es propia de quien busca el saber objetivo, imposible en la política. Pero como ser humano, es igualmente imposible separar en compartimientos estancos el deber del científico de la "vida real" de la política. El problema radica en que la posición política, si se trata de razonar, dialogar, analizar, discutir con mente abierta, termina desviando del trabajo o la enseñanza al científico, y si éste solo informa o participa una posición política, sin análisis ni discusión, simplemente es propaganda. De su parte, la actuación del político, idealmente y para tomar decisiones razonables, debe basarse en el conjunto de conocimientos de su actualidad, asimismo, si no los tiene, debería buscar quien le aconseje, incluso en posiciones de Estado ¿no es este el fundamento de los Consejos de Estado, de ministros y otros?

Weber no niega la importancia de tener una posición política, una posición o sistema filosófico, o tener ideas propias sobre el entorno y el mundo en que vivimos, eso también es responsabilidad, pero argumenta que hay que expresarla fuera del aula o laboratorio, y allí sí defenderlas o argumentarlas.

ACTUALIDAD DEL PENSAMIENTO DE MAX WEBER

Weber establece que tanto el político como el científico deben tener pasión por su llamado o vocación. Tener probidad y responsabilidad, estudiar las causas y consecuencias de sus acciones. Los científicos con consciencias estrictas y comprobadas, los políticos restringiendo con objetividad y con base en el saber de su tiempo, las probabilidades en la toma de decisiones y previendo sus consecuencias.

El político debe tener objetivos precisos, entrega para lograrlos y responsabilidad en el proceso y en las consecuencias. Pero siendo el Estado el poseedor legal de la violencia, existe la tentación de usarla para lograr esos objetivos y perder su perspectiva en el proceso, y con ello la responsabilidad necesaria para el bien de todos. Otro peligro es la vanidad, dejarse deslumbrar por la posición de fuerza, e incluso, caer en el egocentrismo.

En cuanto a la responsabilidad del funcionariado, estos deben ser eficientes y

honrados. Cuando la dirigencia del Estado falla, o el sistema, o la oficina, no puede culparse sólo a los dirigentes, los funcionarios tienen responsabilidad.

En la elección de profesores universitarios mediante concursos u oposiciones, al intervenir el factor humano entonces el azar interviene por muy objetivo que se quiera ser, sin embargo, reconoce que de esta manera ingresan buenos académicos a la universidad. Pero, si llega a haber intervención de los políticos, ingresarán personas más mediocres y sometidos a aquellos.

Existe una dualidad indispensable al profesor: el conocimiento y la habilidad para transmitirlo. Siempre habrá el riesgo de que existan profesores científicos de renombre, pero sin capacidad de enseñar.

El trabajo científico envejece y es superado. Pero si es valedero, significativo, ha servido de base para nuevos conocimientos. Sin embargo, la ciencia busca el progreso de la vida, del ser humano en el mundo, pero deja sin respuestas preguntas trascendentales sobre cómo vivir la vida y sus propósitos o fundamentos "*espirituales*".

Al final, Weber establece, con sensibilidad, que quien es creyente debe asumir su vida en sus principios, sin pretender conseguir justificación en la ciencia, que se basa en hechos. Asume, cual existencialista ateo de *avant-garde* que no hay que quedarse anhelando o esperando (de parte de Dios), sino trabajar y responder a las exigencias de cada día, lo que podría conectar con el "*baste a cada día su afán*" bíblico, pero siempre con claro conociendo de los propios "demonios".

Weber respeta a quien cree en Dios con honestidad. Pero como con la política, separa la fe de la ciencia porque no hay hechos demostrables, y el problema es que si se parte de la fe, explica, habrá contradicción, y en extremo, no aceptación de ciertas verdades científicas. Sin embargo y para agregar a la discusión, A. Einstein, P. Teilhard de Chardin, B. Pascal, A. Carrel, por nombrar algunas figuras relevantes, fueron científicos de primer nivel y personas creyentes, podría afirmarse que buscaron la verdad científica con apoyo de la fe en algo superior y trascendente.

*** Francisco Javier Sánchez Chacón**

Investigador/Profesor Asociado
Centro de Estudios de Fronteras e Integración (CEFI)
Universidad de los Andes - Táchira, Venezuela
E-mail: francs@ula.ve

Fecha de Recibido: Julio 2017
Fecha aprobación: Agosto 2017